

Luis Landero
HOY, JÚPITER

colección andanzas



TUSQUETS
ET TILLES

Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Primera parte

1. ¿Posees ya uso de razón?
2. Qué pasa cuando no pasa nada
3. Estampa idílica. Una pequeña hazaña
4. Una visita inesperada
5. El padre. Siesta de verano. Todo un maestro
6. Sobre los ritos del amor
7. El gran arcano de la pedagogía
8. Artes de seducción

Segunda parte

1. Llega un desconocido
2. Viñetas sentimentales
3. Tragicomedia
4. Grandes esperanzas
5. El diablo de la guarda
6. Un acto cultural. Incertidumbres amorosas
7. Disolución
8. Polvos de papel. Teresa

Tercera parte

1. Exilio. Éxitos de Bernardo
2. Esplendores y miserias de la pedagogía
3. Interludio amoroso. Adiós a los padres
4. Idilio
5. El hombre de la pelliza
6. Las servidumbres del amor
7. Los placeres del odio
8. Un hallazgo insólito

Cuarta parte

1. El León del Mar
2. Una aventura nocturna (1)
3. Ni una gota de poesía. Una aventura nocturna (2)
4. Confidencias. Un pacto secreto
5. Nunca serás un hombre de acción
6. La doble vida del gran Berny Pérez
7. Víctimas y verdugos
8. Aquí empiezan las verdaderas aventuras

Créditos

A Lino Uruñuela,
que ha llegado a sabio sin dejar de ser niño

–¿Quién está allá abajo? ¿Quién se queja?
Quijote, Segunda parte, cap. LV

El argumento del drama consiste en que el hombre se esfuerza y lucha por realizar, en el mundo que al nacer encuentra, el personaje imaginario que constituye su verdadero yo.

José Ortega y Gasset

Primera parte

1

¿Posees ya uso de razón?

Cuando recuerda su pasado, la memoria siempre se detiene en la tarde en que estaba sentado a la sombra del eucalipto tutelar y oyó unos pasos grandes y apresurados que venían hacia él. No había tenido apenas tiempo de empezar a jugar. Aquellas piedrecitas eran todas jinetes, pero aún no había decidido si se trataba de árabes o de cowboys, si llevaban arcos o revólveres, y si estas cortezas formaban un fuerte o un castillo. O quizá eran bárbaros surgidos del Oriente y toda esta extensión significaba una estepa, y sería invierno. Oía, e imitaba con la voz, la crecida multitudinaria, el retumbar de los cascos, el fragor del avance, las cornetas, los gritos, los disparos, los relinchos, el zumbido de las flechas, y veía el tremolar de las banderas entre el polvo, las pellicas al aire, las insignias, las cabelleras, los plumajes. Todo encorajinado por la velocidad y el viento. O quizá eran los bandidos que mandaba el capitán Fosco, y en ese caso él, Dámaso Méndez, sería el defensor del fuerte. Y en esas fantasías estaba cuando oyó acercarse los pasos largos y resueltos, cada vez más poderosos, hasta que se detuvieron junto a él. Ahora se percibía bajo las suelas de las botas el leve crepitar de la arena y de las hojas y semillas reseca tras el largo verano.

—¿Qué haces otra vez tirado ahí en el suelo?

Dámaso salió del ensueño, pero por un instante una fina película de irrealidad se interpuso entre sus ojos y las cosas.

—Nada, estaba jugando.

—¿A qué?

—No sé, es una batalla.

—¿Te gustaría ser militar?

Como no sabía qué decir, levantó la cabeza y lo miró fugazmente para que no fuese a interpretar mal su silencio.

—Podías llegar a general. El general Dámaso Méndez. Cuando entraras en el cuartel, tocarían en tu honor la *Marcha de infantes*. ¿Te gustaría?

Miró otra vez desde el suelo sin saber qué decir.

—Bien, en cualquier caso no es bueno estar ocioso. ¿Es que todavía no sabes que la vida es breve y hay que caminar aprisa? ¿Lo sabes?

—Sí.

—Entonces ven conmigo y te pondré tarea. ¡Andando!

Siempre era así en aquellos tiempos. Él tenía once o doce años y el padre se había convertido en pedagogo y a todas horas se inventaba tareas para que el hijo se hiciera cuanto antes un hombre de provecho.

Se levantó, se sacudió los pantalones, las rodillas, se ajustó las sandalias de goma y corrió tras su padre. Uno tras otro, atravesaron la era bajo el sol aún cálido de septiembre. El trájín de la trilla había dejado la tierra desmenuzada y mezclada con el polvo del grano, sin una brizna de hierba, y por todos lados había restos de paja que el sol llenaba de destellos. A veces el viento se encolerizaba y armaba allí un remolino como el de los genios al salir de las lámparas mágicas. Las pajitas entonces se juntaban y se elevaban formando un surtidor muy alto, cada vez más alto y más furioso, girando tan deprisa que daba vértigo mirarlo, hasta que de pronto explotaba y el cielo se llenaba de chispitas de oro. Dámaso pensaba entonces en cómo el viento, que es invisible, a veces por un momento toma forma y se le puede ver, y él lo había visto, «he visto al viento», se decía por la noche en la cama, y había reconocido su cara ceñuda de monstruo, la mueca horrible con que había mostrado al mundo la inmensidad de su poder. Desde que hizo ese ha-

llazgo, le gustaba observar el trajín y las huellas del viento, al inflarse una cortina, al agitarse una llama, al pasar una nube que a cada instante era la misma y era otra. Y sí, la vida resultaba misteriosa y bonita, pero ahora estaban a finales de septiembre y él tenía que apresurarse tras su padre como si hubiese llegado ya el invierno y fuese con retardo camino de la escuela.

Bajaron hacia la huerta entre los almendros, el padre abriendo la marcha, Dámaso trotando detrás, dando de vez en cuando una carrerita para no quedarse rezagado. Porque allí en las frondas de los árboles, y miró la morera, los chopos, el laurel, un alma sensible o temerosa podía ya presentir el temblor del invierno. Y un día el campo amanecería cubierto de escarcha, en cada hierba una gotita viva de cristal, y para entonces ellos estarían viviendo en la casa del pueblo, y habría empezado ya la escuela, y todo el discurrir del verano, que tan interminable parecía al principio, cuando aún estaba por vivir, se iría quedando atrás, más y más lejos, hasta que pareciera sólo un sueño. Un sueño. Y entonces, como anticipándose a ese momento, miró de verdad hacia atrás.

Vio la casa, una casa más bien modesta de labor, hecha de cal y de pizarra, pintada de blanco, el parral enmarcando la puerta, el poyo fresco de granito, y el ciruelo bravo que daba unos frutos venenosos, prohibidos de comer bajo pena de muerte, y del que sólo podía aprovecharse la sombra. O eso al menos le habían dicho sus padres. Allí, en aquella casa, vivían en el verano y en días sueltos del año. Y recuerda que una noche de junio, no lo olvidaría nunca, vio de lejos la casa, inscrita en una gran luna blanca que empezaba a ascender. La luz desmaterializaba las cosas, que parecían a punto de ponerse a flotar, y todo lo que el mundo tenía de incomprensible y de cruel quedó allanado en un instante por la belleza de aquella aparición.

* * *

La casa del pueblo, sin embargo, era grande, con dos plantas para vivir y otras dos para desvanes, además del corral y la cuadra, y arriba del todo un mirador desde el que se veía el pueblo entero, blanco y ocre, salpicado de naranjos y palmeras, con las torres de sus tres iglesias, sus viejas casonas blasonadas, la plaza de toros, la alta chimenea de ladrillos de la fábrica de la luz, el castillo en la cima de un cerro, y en la ladera el barrio medieval, con su mañana de callecitas estrechas y empedradas, y los barrios nuevos en la periferia, y más allá, de un lado había una llanura que se desvanecía en la distancia, y del otro un fondo de sierras azules que eran ya Portugal. Una sencilla casa de labranza, pero que Dámaso la recordaría ya siempre como en los tiempos en que andaba todavía a gatas por aquel mundo inmenso, y tan intrincado que parecía que nunca acabaría de explorarlo del todo. Así que se orientaba en ella siguiendo el curso de los zócalos, que lo conducían y extrañaban por zaguanes, escaleras, alcobas clausuradas, oscuros cuartos que servían de almacén o despensa, cámaras donde yacían arrumbados enseres polvorientos y antiguos, tinajas en cuyas oquedades la voz se deformaba en ecos de ultratumba, artesas tapizadas de telarañas, útiles metálicos roídos por el óxido, candiles, cribas, ratoneras, y cuando parecía que se había perdido sin remedio en aquel laberinto, los zócalos acababan devolviéndolo al punto de partida.

Así comenzó Dámaso a conocer el mundo, recorriendo aquellos zócalos rojizos o amarillos, pintados con brochas bastas que dejaban pelos y grumos en cada pincelada, y que corrían junto a los suelos de lanchas de granito, de ladrillos, de pizarra, de alegres y frescas baldosas de colores, siempre a gatas y confundido con las macetas y los muebles y cachivaches adosados a las paredes, casi como si fuese invisible, tan pequeño que nadie reparaba en él, y como los zócalos salían a la calle y entraban en otras casas, enlazando así todo el pueblo, a veces se le ocurría que podía seguir avanzando y traspasar los umbrales y descubrir la

intimidad y los secretos de las vidas ajenas. Se sentía aventurero por aquellos caminos inciertos, enfrentando peligros, rehuyendo emboscadas, escapando de vagas presencias insidiosas que lo perseguían con un jadeo lúgubre por corredores y desvanes. El mundo era, pues, un lugar inseguro, lleno de asechanzas, de riesgos, de perfidias. Una tarde, sin embargo, se escondió en las alturas y allí estuvo esperando hasta que empezó a oscurecer. ¿Cuánto tiempo tardarían en llamarlo, en echarlo de menos? Al fin oyó la voz de su madre, y luego la de Natalia, extendiéndose por toda la casa: «¡Dáaamaso!, ¡Dáaamaso! ¿Dónde estás?». Y aquellas voces convirtieron de pronto el mundo en un lugar seguro, feliz y luminoso.

Pero lo primero que descubrió fue el universo de lo pequeño, de lo insignificante, de lo que se agitaba allí mismo, a ras del suelo, y donde podían encontrarse restos de tesoros que habían ido perdiendo o desechando los mayores. Una moneda, un muelle, una piedra de mechero, un botón de nácar, un corchete dorado. Y de pronto un gusano o una cochinilla que habían tomado aquel camino en busca de fortuna. Porque había muchos viajeros en los zócalos y era un gusto seguirles los pasos e imaginarse sus vicisitudes. Este pequeño escarabajo, vestido con su mejor traje, se había quedado huérfano e iba en busca del único pariente que le quedaba, un tío suyo –viejo, rico y gruñónque tenía su casa en el estercolero del corral, y esta tijereta se había parado a preguntarle a una hormiga por dónde se llegaba al jazminero y la hormiga le indicaba con sus antenas, sigue esa senda y allí tuerce a la izquierda, y al llegar a la última aspidistra verás una grieta donde vive un ciempiés; pregúntale y él te informará. En invierno los zócalos rezumaban con la humedad y estaban solitarios y fríos, pero llegada la primavera, cuando la vida bulle y se pone en viaje, salían los insectos a conocer mundo y a fundar sus negocios. ¡Y era una alegría ver los caminos con aquel incesante ir y venir y conversar unos con otros, cada cual atareado en lo su-

yo, y todos con aquella urgencia de vivir...! Algunos viajeros se quedaban en las macetas, otros seguían hacia el corral, otros se pasaban la vida extraviados o dudosos y algunos morían de camino, porque siempre había caparachos secos, vacíos, y el menor viento aprovechaba, si uno sabía escuchar, para hacer allí su melodía. Ese mundo proliferante y mínimo fue lo primero que descubrió Dámaso en sus incursiones por la casa paterna.

Luego encontró otras maravillas. Por ejemplo las fotos antiguas de su madre. Alguna vez la había sorprendido en la soledad del dormitorio, mirando como hipnotizada aquellas fotos, embobada en la contemplación y evocación de su infancia y de su primera juventud, y el pueblo donde nació y se crió y había sido feliz. Santa Marta se llamaba aquel lugar que, más que pueblo, era un caserío grande, al que no había vuelto desde entonces, y de todo lo cual sólo quedaban aquellos retratos, que guardaba en un sobre con los bordes de luto. A Dámaso le gustaba mirarlos, y algunos eran tan de otro tiempo que sólo podían ser de gente ya muerta, y esa certeza hacía aún más hermoso y dramático el testimonio de quienes habían vivido y logrado momentos plenos de felicidad. En algunas fotos, su madre joven, o su madre niña, aparecía riendo, y era extraño, porque él apenas la había visto reír. Y la foto que más le gustaba era una en la que posaban por lo menos veinte personas tocando instrumentos musicales, gente de todas las edades, algunos muy viejos, otros mozos, y otros, como su madre, todavía niños, vestidos todos con ropas campesinas de diario, y se veía que por broma y por algún motivo excepcional, quizá la llegada de un merchante, habían interrumpido sus faenas para formar aquella especie de orquestina delante de unos chozos de bálago y retamas, y en primera fila estaba su madre haciendo que tocaba la flauta travesera. Una vez, mirando las fotos, a su madre le dio una

risa que era casi un llanto, le salía como a empellones, hasta que lo reprimió y poquito a poco fue metiendo aquel ruido otra vez para adentro, y al final sólo quedó un hilito gutural que parecía una canción de cuna.

Y otro día encontró en sus andanzas una pistola en el cajón de un aparador desportillado y desechado ya por las termitas que había en el desván, en un estuche de piel y terciopelo, y era una pistola como de juguete, o de señorita, plateada y con cachas de nácar, y al lado seis balas envueltas en papel de seda. De qué oscuro fondo aventurero procedía aquel arma, y si su padre la había usado alguna vez, o para qué ocasiones del futuro estaría reservada, era todo un misterio. La vida resultaba, en efecto, oscura y misteriosa, pero regida siempre por un orden benéfico, donde cada cosa ocupaba el sitio exacto que le correspondía en un mundo feliz.

Le hubiera gustado compartir esos secretos con Natalia, pero ella era tan seria, tan perfecta, tan llena de criterio, que quizá le hubiera reñido por mirar donde no se debe. Como una vez que lo descubrió excusando en la cómoda de su dormitorio, sus vestidos y blusas, sus calcetines, sus lazos, su ropa interior, que olía como él sabía que olía ella, sus manos, su pelo, su carne, su saliva cuando le escupió a la cara y le llamó sucio y asqueroso y le pegó (con aquella torpe y rabiosa obstinación de la mujer que se sabe débil e inútilmente cargada de razones) hasta hacerlo llorar. Lo que ella no sabía es que más de una vez él la había espiado, invisible en aquel mundo de zócalos y macetas en el que nadie reparaba, la había visto jugar y hablar con sus muñecas, la había visto dormir y había respirado la íntima fragancia de su aliento, la había visto peinarse con una lentitud soberana y gustosa antes de irse a dormir, y desnudarse en la penumbra de su cuarto, y siempre tan formal, tan pudorosa, tan pulcra, tan esbelta...

Y así vivió durante algunos años, libre e inocente, hasta que un día su padre lo descubrió deslizándose a toda prisa por la zona franca de los zócalos, se plantó ante él y le dijo desde las alturas con su voz de trueno:

–¿Quién eres tú y qué haces a gatas por el suelo? ¡Ponte en pie!

Él se levantó y se metió las manos en los bolsillos. ¿Cómo saber que ese gesto, ese momento, lo había convertido de golpe en un adulto?

–Nada.

–¿Nada? ¡A ver esos bolsillos!

Los fue vaciando cuidadosamente sobre el suelo. Un silbato hecho con un hueso de albaricoque, un cascarón de escarabajo, una calavera de ratón, un muelle, una canilla de máquina de coser, y otras menudencias de ese estilo, aunque la pieza más valiosa, que era también la más secreta, la dejó a salvo en lo más hondo del bolsillo. Colocó los objetos a sus pies, como si fuesen ofrendas, presentes exóticos para un rey.

–¿Qué porquerías son éstas? –y con la punta de la bota las fue examinando y desechando.

Dámaso no dijo nada porque intuyó que la respuesta estaba incluida en la pregunta.

–¿Y por qué vas a cuatro patas si puedes ir a dos?

Tampoco contestó, pero en prenda de su silencio bajó humildemente la cabeza.

–¡Mírame a la cara! ¿Cuántos años tienes?

–Cinco.

–¿Y posees ya uso de razón?

–Sí –vaciló Dámaso.

–Bien, pues entonces ha llegado la hora de hablar del porvenir. ¿Has pensado ya en lo que vas a ser de mayor?

Bajó otra vez la cabeza y aparentó quedarse pensativo. Las ofrendas estaban malamente dispersas por el suelo. En ellas vio Dámaso desbaratados y esparcidos los años de su infancia.

—¿Carpintero?

—No...

—¿Abogado?

—No sé...

—¿Médico, músico, aviador, poeta, herrero, comerciante?

Hubo una larga pausa, pero Dámaso era demasiado pequeño para responsabilizarse de ella.

—¿Todavía no lo sabes?

Dámaso negó con la cabeza.

—Pues tendrás que decidirte pronto. Ya no tienes edad para perder el tiempo. ¿O es que tampoco te has enterado de que la vida es breve? ¿Sabes al menos eso?

Dámaso siguió callado con la cabeza baja.

—Y que la vida es sueño, ¿tampoco lo has oído?

—No.

—Bien, pues ya lo sabes, y que ésa sea tu primera lección, que no has de olvidar nunca: la vida es sólo un soplo y un sueño, los años te atropellan, las edades vuelan, los imperios se desmoronan, cuando quieres darte cuenta hoy es ya mañana y mañana fue ayer. Te echas a dormir un rato, y al despertar descubres que se ha hecho ya tan tarde que no queda tiempo para nada, sólo para llorar la juventud perdida y hecha ya desperdicios. Así que si quieres llegar a algo, tienes que darte mucha prisa. En adelante, nada de andar tirado por el suelo. Y todas esas guarrerías, a la esterquera con ellas. Y, como no hay tiempo que perder, mañana mismo hablaré con el maestro y empezarás la escuela. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Bien, entonces no hay nada más que hablar —y desapareció por el pasillo a grandes trancos.